

dos de la *gran Historia de la literatura* rusa nos dejan realmente estupefactos, como lo haría en un sueño la llegada de ese ejército de aparecidos del que he hablado hace un momento. Aparecidos en todos los sentidos de la palabra: los dos volúmenes dirigidos por Etkind, Nivat, Senman y Strada se parecen mucho a un martirologio. Fusilados, suicidas, muertos en la deportación, “víctimas del culto”, rehabilitados a título póstumo, los escritores no son quizá una categoría excepcionalmente martirizada. Kulaki o “saboteadores”, agentes del Servicio de Inteligencia o “Trotskistas”, millones de hombres de todas las clases han perecido o sufrido la misma muerte y los mismos sufrimientos que los “intelectuales”. Cada semana, las *Noticias de Moscú* publican documentos abrumadores -que al mismo tiempo suelen ser reconfortantes: no todas las cabezas se doblegaron, no todos los hijos se alzarán contra sus padres viles, como los personajes de Bitov.

“Un lenguaje libre”, escribió Herten en 1847, ha sido siempre considerado entre nosotros como una insolencia”. Cierta idea de la insolencia y del valor ha persistido a pesar de todo en Rusia. La insolencia crítica se cuela obstinadamente en los intersticios de la literatura “autorizada”. Con toda razón Efim Etkind, “disidente a pesar suyo” (así tituló a un hermoso libro), llama la atención no sólo sobre los mártires sino también sobre escritores “muertos en su cama”

pero que no tuvieron pelos en la lengua, como Kornei Chukovski (1882 - 1969) o Maximilian Volochin (1877 - 1932). Chukovski no vacilaba en disecar fríamente el “conservadurismo” de Gorki, ese conservadurismo que le permitía adherirse a Stalin. Ya en 1920, Volochin anunció lo que habría de venir: “Las semejanzas internas entre el bolchevismo actual y la autocracia rusa revolucionaria” (Volochin habla de las ‘revoluciones’ de Iván el Terrible y de Pedro el Grande) “es sorprendente. (. . .) Rusia seguirá siendo una monarquía a pesar de la actual ‘revolución socialista’. (. . .) El socialismo es profundamente estatal en su esencia. Será llevado, por la lógica necesaria de las cosas, a buscar puntos de apoyo en la dictadura y luego en el cesarismo”. Apartado del mundo, viviendo solitario en Crimea, Volochin había previsto a Stalin cuando Lenin vivía todavía.

Las mil ochocientas páginas de estos dos volúmenes constituyen una exploración apasionante de tierras de veras desconocidas, un viaje más allá del olvido. Lo desconocido no es solamente el gran ejército de los desaparecidos, los borrados, los amordazados, los que acabaron en los campos de concentración, en la miseria, en la emigración, aquellos cuya obra nunca se reimprimió, o no fue publicada nunca, o fue machacada. Lo desconocido es con frecuencia la vertiente sistemáticamente ocultada de un escritor sin embargo conocido, conocido y desconocido, como lo son Zot-

chenko, Yuri Oliecha, Zamiatin, Babel. Es, a veces, la obra notable de un escritor en sus comienzos, que zozobra luego en el compromiso, el panegírico de los asesinos y la mediocridad de “lo oficial”, como Alexis Tolstoi. Es también frecuentemente la obra de un escritor complejo, que se debate entre su inspiración y sus sumisiones, su revuelta y la prudencia, como Vsevolod Ivanov. En el país del olvido tirano, los héroes no fueron solamente los que rechazaron el silencio, la mordaza, el deshonor, los que pagaron la palabra a precio de sangre. Hubo otra forma de valor y de resistencia, la testarudez de la memoria en luchar contra el olvido, en conservar esos documentos, esos textos, esos libros que la glasnost hace salir ahora y que los historiadores del silencio y los lectores de la clandestinidad han preservado de la desaparición. El modelo de ese valor y de esa tenacidad es la viuda del gran poeta Ossip Mandelstam, muerto en un campo de concentración. Nadiezhda Mandelstam vivió para “hacer pasar” la obra de su marido, que aprendió íntegramente de memoria. Vivió para escribir sus admirables *Memorias*, ese monumento contra el olvido erigido por una mujer sola y perseguida, en una época en que elevar un monumento a las víctimas de la represión stalinista era impensable en Moscú.

Traducción de Aurelio Asiain
O Le nouvel Observateur

MEDIA VUELTA

42,200 PESOS

GUILLERMO SHERIDAN

EL NÚMERO QUE encabeza esta columna, que para el lector puede ser un número como cualquier otro, es para mí muy especial: es el número que, desde un hallazgo que hice el otro día, está tatuado en el antebrazo de mi dignidad.

El número 42 200 corresponde, en pocas palabras, a la suma que devengo mensualmente como profesor del semi-

nario monográfico “Ramón López Velarde” en la Sección de Altos Estudios de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

El hallazgo, desde luego, no es ese, sino el de haber descubierto que, por un asombroso azar, la cifra corresponde, exactamente, a la cantidad que pago al

principio de cada comida cuando asisto, una vez al mes, a una fonda decorosa acompañado por mi amiga.

El hallazgo me llevó a hacer el siguiente razonamiento: ocho horas de clase (que implican cuatro de preparación, cuatro horas de transporte y que me regañe el vendedor de libros que pone su tendido a la entrada de la Facultad por-

que pisé, sin querer, un ejemplar de *Humano, demasiado humano*) equivalen a dos comidas corridas sin huevo en el arroz. O, de otra manera: lo que yo gano por dar un seminario en Altos Estudios en la UNAM en un mes, me sirve para comer un día al mes. De lo que se desprende que los cuarenta y cinco minutos que me tardo en explicar el concepto walterbenjaminiano de la bohemia entre las clases sociales urbanas del Segundo Imperio, y luego comparar todo eso con México, equivalen ni más ni menos que a cinco cucharadas de sopa del día (aunque no se sepa de qué día). Del mismo modo, las dos horas que me lleva explicar la forma en la que, siguiendo el pensamiento de Martha Canfield, López Velarde padeció la influencia de Frederi Mistral y los felibros provenzales en su propio ejercicio de la nostalgia del mundo agrario, equivalen a un chile relleno (aunque no se sepa de qué está relleno). Glosar críticamente "El retorno maléfico" en una hora aporta el arroz sin huevo, escuchar veinte minutos a mi alumna que hace un trabajo sobre "La compota como símbolo de la femineidad" me dispensa un bolillo y una hora de bibliografía crítica añade el agua de chía. En síntesis, mis dieciséis horas de trabajo mensual (y las cuatro regañadas del vendedor de libros) se convierten en una hora de comida, incluyendo la sobremesa. Desde luego que uno puede poner en su *curriculum* que dio un seminario en Altos Estudios sobre López Velarde y, en cambio, no puede poner que se comió una comida corrida sin huevo -10 cual, por otra parte, es mucho más apasionante-, pero, dicho sea con franqueza, se me antoja demasiado exiguo el beneficio. La otra cosa es que si yo no doy bien mi clase, mi alumno que lleva dos semestres empeñado en probar que López Velarde es marxista - leninista me mira con bastante rencor, mientras que si el chile relleno está frío no hay más remedio que aguantarse.

Un añadido patético pero importante a todo este asunto consiste en que, además, yo tengo que pagar la comida de inmediato, mientras que la UNAM se tardó ocho meses en entregarme mi primer sueldo. Y, por si fuera poco, como en el restaurante saben que yo trabajo en la UNAM (y no porque lo haya dicho, sino porque, al preguntar a cuanto aumenta la comida si se incluye el huevo, uno se delata), tengo que sufrir la vergüenza de

que me cobren por adelantado, pues parece ser que no es infrecuente que los maestros de la UNAM salgan con que no les alcanza para el huevo que, llevados por la gula, solicitaron indebidamente (huelga aclarar que, al ver el comportamiento de su patrón, el mesero también pide su propina por adelantado).

Ahora bien, la raíz de todo este problema consiste en no haber logrado pasar, en la rigurosa meritocracia que nos rige, de ser un académico universitario a ser un funcionario universitario. Como se sabe, el apasionante mundo de la academia se divide en dos grandes grupos: a) el de los funcionarios y b) el de los administrativos. El hecho de que ambos grupos deriven su razón de ser del subgrupo que hace tiempo desplazaron es meramente fortuito. Un académico tiene importancia sólo en la medida en la que es un potencial funcionario o en la medida en que ya lo fue, antes de haberse convertido en funcionario del PRI. De esta manera puede proponerse un nuevo postulado: académico es aquel que ha entendido que su razón de ser académico radica precisamente en dejar de serlo, y devenir funcionario. Los que no hemos acabado de entender ese prístino principio nos merecemos no comer huevo montado en el arroz.

En la fonda miraba a veces al doctor G., un investigador que devino funcionario universitario y dejó de asistir ahí. Hace poco lo volvía ver, retratado en la *Gaceta de la UNAM*. Traía, discretamente asomada en el bolsillo, una Montblanc del tamaño de un submarino. G., académicamente había sido bueno, pero como funcionario ha sido superior. Fue uno de los elegidos que consiguió ascender en la escala social descendiendo en la escala académica: logró dejar de ser doctor para convertirse en licenciado (la UNAM nos ha enseñado que para lo único que sirve doctorarse es para emprender luego la tarea de llegar a licenciado). Este académico doctor G., por ejemplo, hacía bien lo suyo (investigar) y la UNAM lo premió alejándolo de lo que hacía bien para encargarle algo que no sabe hacer. Desde la perspectiva de quienes padecerán las decisiones del funcionario, esto es muy grave; pero desde la perspectiva de los otros funcionarios, esto es ideal. Me imagino que un día lo llamaron y le dijeron:

-Doctor G., en reconocimiento a su notable estudio sobre los protozoarios,

a partir de este momento es usted director de subservicios y macroapoyos de toda la UNAM.

Los únicos que se alegran son su esposa, sus amigos (felices de iniciar su propio descenso a la licenciatura) y los protozoarios. Todos comienzan a decirle licenciado.

A partir de ese momento, el funcionario tiene coche con chofer, tarjeta de crédito (para gastos de representación), oficina con alfombra, tres teléfonos, una agenda sembrada de compromisos (ver a otros funcionarios), acceso inmediato a los préstamos del ISSSTE y el FOVISSSTE, la Montblanc, un sueldo notablemente superior, siete trajes, crédito en la Librería Francesa, autorización para estacionarse en doble fila y la súbita e imperiosa necesidad de ordenarse a sí mismo que vaya a un congreso en Nueva York. El congreso, desde luego, versará sobre "La crisis financiera en la universidad de hoy".

Hay que reconocer que al licenciado G. estos logros le costaron su esfuerzo, por no mencionar el de los protozoarios. Y es que el suyo no es el caso de muchos otros funcionarios que ni siquiera tuvieron, como G., que sacrificar una carrera académica para entregarse al desprendido servicio a la Institución y que simplemente hicieron la carrera de funcionarios de modo directo. Estos ingresan a la UNAM cuando un nuevo sexenio los deja volando, se convierten en Director de la Dirección General de Frontones (por decir algo), ganan inmediatamente más que un investigador que lleva diez años trabajando y, al llegar un nuevo sexenio, se hacen despedir (para cobrar su indemnización) y entrar al PRI como director del área de diseño gráfico de la Secretaría del Tabaco.

Mientras pago por adelantado la comida el siguiente domingo pienso en G. que, quizá, simultáneamente, entrega una de sus tarjetas de crédito en el Champs Eliséas después de haberse hartado de filete a la *Pompadour*. Después prefiero pensar en Schopenhauer, que aconsejaba no hacer depender la felicidad o la desdicha de otra cosa que nuestra conciencia. Después pienso en lo chocante que era Schopenhauer. Finalmente pienso en si no sería buena idea pedirles propina por adelantado a mis alumnos y, con lo que junte, adquirir el *Humano, demasiado humano* aunque sea para dejar de pisarlo cada semana.